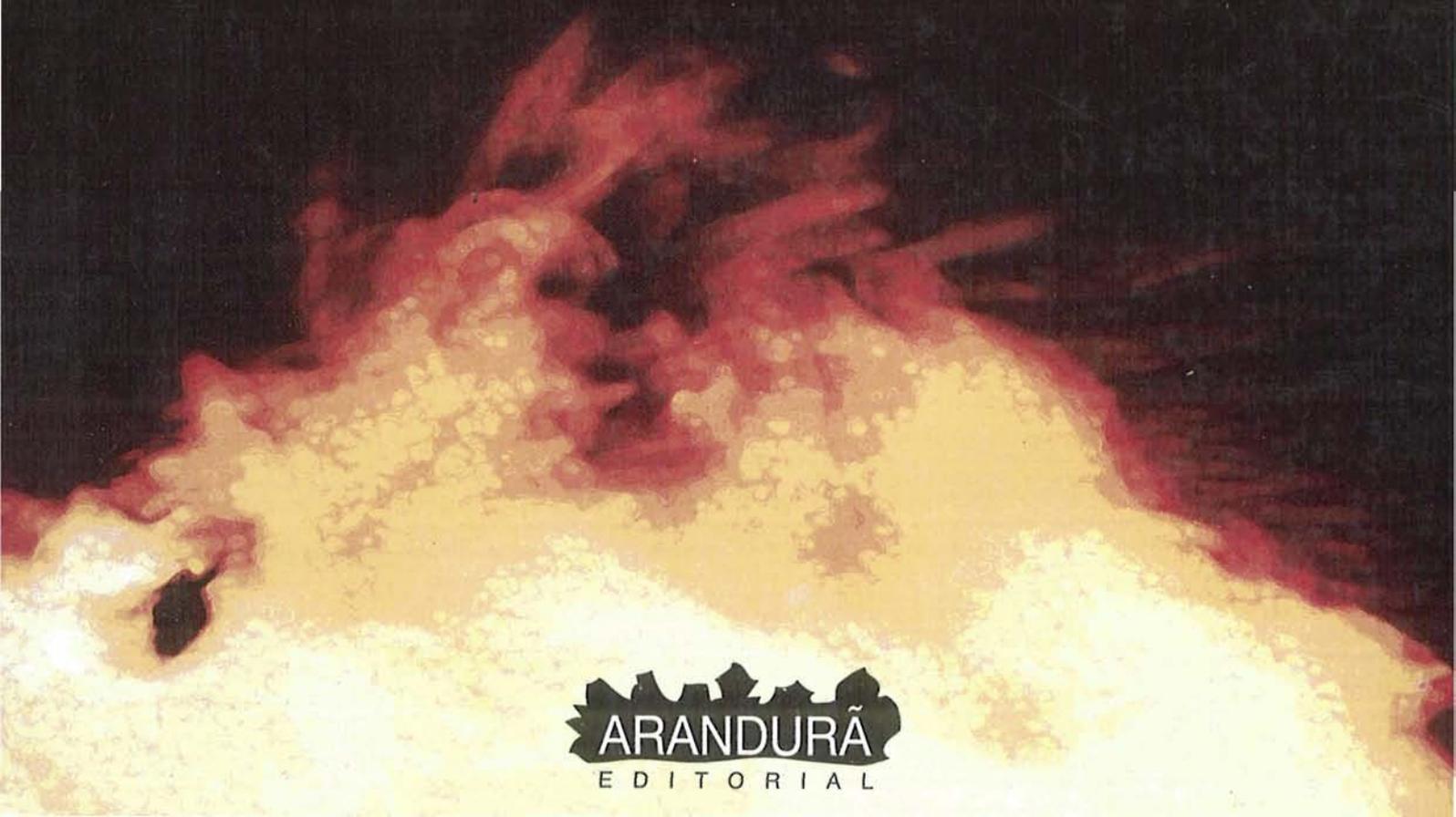


Susy Delgado

Las últimas
hogueras



ARANDURÁ
EDITORIAL



Susy Delgado

Las últimas hogueras

A José Vicente,
con el cariño grande
de

Susy D

ARANDURÁ
EDITORIAL

© Susy Delgado
© Arandurã Editorial
Tte. Fariña 1074.
Telefax: (595 21) 214295
e-mail: arandura@telesurf.com.py
internet: arandura.pyglobal.com
Asunción-Paraguay

Junio de 2003

Índice

Días de fuego

1, Si yo pudiera hablar	11
2, De qué puedo quejarme	13
3, Pues sí, voy a ser honesta	14
4, Amor	16
5, Y si en este repaso, se trata	19
6, Y aquí	25
7, Y finalmente	27
8, Aquí donde malvivo	29
9, Y aquí	34
10, Desde este balcón	36
11, Si el amor siempre es	38
12, Y ¿quién fue el necio	39
13, Y cuando todos se hayan ido	40

Canción al amor fraterno

14, El servidor no sirve	45
15, Si usted me lo permite	47
16, Un día, amigo mío	58
17, Y ahora	61
18, Qué pena	62
19, Y aquí, de pronto sin el abrigo de tu voz	67

Las últimas hogueras

20, El sueño	71
21, ¿Será que estoy empezando a querete	73
22, Si no habrás de aceptarme	75
23, Me he mirado al espejo	77
24, Si sigo amándote	79
25, ¿Podría haberte no elegido	80
26, Yo no quería mutilarte	81
27, Cuándo vas a dejar	82
28, Y no fue necesario tocarte	83
29, Si supieras	84
30, Sí, te amé	86

*Al amor,
a sus hogueras
y a sus señales indelebiles*

*No hay amores estériles. Y es inútil
tomar precauciones. Cuando te dejo
llevo dentro de mí el dolor, como una
especie de hijo horrible.*

*¿A dónde huir? Tú llenas el mundo.
No puedo huir más que en ti.*

Marguerite Yourcenar, Fuegos

Días de fuego

1

Si yo pudiera hablar
por una vez,
de esos días en que se encendieron
y ardieron, todopoderosos,
todos los fuegos.
Días de ciego tránsito,
de trance y transfiguraciones,
en que el alma
se hizo carne para arder mejor,
achicharrarse como un pobre animal
expulsado del aire,
chamuscarse como un viejo hueso
carcomido de olvido,
calcinarsse como la misma muerte
saciada al fin de fuego y muerte.

Días de purificaciones
en que el alma
se hizo fuego ella misma,
latido crepitando,
aliento enloquecido,
hoguera desatada,
aullido y carcajada.

Para alzarse y lamer,
ingenua y altanera,
lasciva y ciega,
toda la piel del mundo;
florecer en un bosque incandescente
de llamas y ruidos,
preñar la noche antigua
de un múltiple galope desbocado,
violando, todas las ausencias.
Ángeles o demonios de la fatalidad,
indomables y libres,
vientos germinadores
de lo maravilloso y lo terrible,
vida y muerte
que en un feroz combate,
ardieron,
una sola, triunfal llamarada.

Si yo pudiera hablar...

2

De qué puedo quejarme,
al fin y al cabo,
si pude amar intensamente
con la música vieja, entrañable
de una lluvia como ésta.
Por qué llorar
si no he podido
atrapar y encerrar en un frasco,
eternizar
a esos amores que pasaron
por mi lecho y mi cuerpo.
Si pese a todo,
llevo su aroma
para siempre, conmigo.
De qué me puedo arrepentir,
al fin y al cabo,
si pude amar a cuentagotas,
con música o sin ella,
detrás de alguna puerta,
en un campo oloroso,
bajo un inmenso sol de fuego
y a veces,
completamente a oscuras.

3

Pues sí, si voy a ser honesta
en esta hora de recuentos,
pese a tanto inventario de ausencias,
fracasos y obsesiones,
quién sabe,
tal vez sin darme cuenta,
alguna vez gané la lotería
y conocí el amor.
Si debo revisar
y evaluar mi curriculum vitae
en este resbaloso territorio,
no es historial brillante ni exitoso,
no hubo medallas ni laureles,
aunque sí los recuerdos suficientes
para llenar un libro de memorias,
cuyo valor, por lo demás,
es, por completo, intransferible.

En este viejo asunto,
se me disculpará, yo no he tenido
escuela autorizada,
pero accedí tal vez, sin proponérmelo,
sin test vocacional ni pago de matrícula,
a alguna clase magistral,
con algún gran maestro.
No entré al ruedo provista
de manuales, compases o brújulas.
Fui lanzada, eso sí,
con las peores referencias del tema
y que hiciera lo que mejor pudiera.
Yo siempre caminé
con tanto miedo, asombro y ansiedad
que siempre hice lo peor.
De todos modos,
sobre miedos, asombros y ansiedades,
sencillo azar o milagro de la vida,
he soñado el amor.
Y tal vez
eso es suficiente:

Amor...

Amor soñado,
bocetado, pintado y lustrado,
almibarado y horneado,
bordado, almidonado,
perfumado,
novelado, filmado,
bolerizado,
internetado,
multimediatizado.

Amor sobrellevado,
dominado,
espantado,
callado,
mutilado,
aplastado,
planchado,
lapidado.

Amor heredado,
aguantado,
tolerado,
perdonado.
Amor media
naranja,
monedita de cambio,
canita al aire,
peor es nada,
fato,
flirt,
hueso,
ligue,
amor por el amor...
Amor multifacético,
políglota,
poliglotón,
promiscuo,
déspota,
egoísta,
único y veleidoso,
olvido y obsesión.

Amor revolución,
tabla de salvación,
unción, pasión,
perdición,
pan de Dios,
Diosito,
papito,
compañía,
tedio,
sed,
lotería,
parálisis,
atrofia,
agonía.
Maravilla,
basura,
soledad camuflada,
espejismo,
delirio,
todo,
nada.
Amor, amor,
amor...

5

Y si en este repaso, se trata
del amor...

¿quién me podrá decir
si fue su brisa
la que un día
pasó, sin avisar, a mi costado?

Ese amor que suplica el día en que despierta,
que ruega una mirada y regala los ojos,
que apela a las estrellas
y produce el milagro del beso y la palabra,
y que habiendo logrado
cosecha primeriza de su siembra,
se satisface y se retira
al silencio, al olvido.

Ese amor
que muere a poco de nacer,
por anemia, flaqueza o cobardía
para seguir creciendo;

que no acepta su propio latido
y no asume sus vientos,
irresponsable del amor
que enciende y alimenta y aviva
en el lecho de un tiempo.

Ese amor desnutrido y precario
que a veces me ha tocado,
¿era acaso el amor?

Ese amor que palpita en el miedo,
que teme a las tormentas,
a los galopes que retumban
en lo oscuro del desvelo,
el amor que rehúye la mirada del rayo
y escapa de los truenos
sembrados por sus propios vendavales,
el que cierra sus ojos
a la tragedia con que nace el amor, como la vida,
y elude el júbilo
que éste crece y se agiganta.

Ese amor
que juega con el fuego,
con el hambre de amor
que en todo leño vive,
con el viento callado y poderoso
de la sangre,
que desata la hoguera
y huye, presa del espanto,
ese amor que lamió mis entrañas
y resultó maligna llamarada,
¿era acaso el amor?

Ese amor
que regala el milagro
y luego abofetea con la ausencia,
marcando la frontera precisa
de su comodidad
y de su altiva prescindencia,
con el índice en alto,
espectro helado
del que fuera tal vez
en momentos fugaces,
regazo acogedor,
limosna, bálsamo;

ese amor que una noche fue consuelo
y al amanecer, desprecio,
¿era acaso el amor?

Ese amor que se compra y se vende
por un salario o una caricia magra,
sorbo periódico, apurado de placer
para embriagar la soledad,
el que estafa
con facturas, inmuebles,
facilidades y felicidades
en seguras cuotas,
con la fidelidad de los papeles
debidamente rubricados, duplicados, visados
legalizados como Dios lo manda,
por los señores que administran
el bien-estar de la gente formal y correcta,
de la gente decente.
Ese amor prestigioso,
respetado, envidiado,
que alguna vez se me ofreció en vajilla de
plata,
¿era acaso el amor?

Ese amor
organizado y práctico,
educado, discreto,
domesticado de tal modo
a ordenar,
someter y aplacar
cualquier latido, ansiedad o cosquilla
impertinente.

Ese amor sin tormentas,
sin cólicos ni palabrotas,
sin accidentes de tránsito
ni dientes cariados,
sensato, equilibrado,
normal, garantizado
del primero al último día,
ese amor que tal vez
pasó sin que yo lo percibiera,
¿era acaso el amor?

Y en fin,
ese amor que no puede alquilarse,
callarse, hipotecarse
por las razones más perfectas,
que tiene sus razones incanjeables,
que asume su compromiso ante los ojos,
sencillamente con los ojos,
que es fiel a cada uno y a todos los amores,
ese amor que es instinto indomable,
gravedad silenciosa,
deseo,
libertad,
utopía desnuda, innegociable,
fuego
capaz de darnos vida o darnos muerte...
Ese amor que redime
de todas las pobrezaas,
fue, tal vez, lo sospecho, el amor...

6

Y aquí,
con las cartas echadas,
odio ese amor ególatra
que ama sobre todo, ser amado
y sueña con que el mundo
gira a su alrededor.
Ese amor egoísta
que cree ser el Dueño y Señor
de la persona amada,
y la ama mientras sea marioneta
obedeciendo a sus caprichos,
bailando y desmayando
de acuerdo a sus deseos.
Lo odio porque lo he cometido
o he sido cómplice de él.
Porque caí en sus redes
y en ese desvarío,
perdí un amor
que era palabra y tiempo,
renuncia y creación,

7

Y finalmente,
aquí borroneando este balance,
contando más o menos dos juventudes,
sobre tantas caídas
y mutilaciones,
sobre este lastre de terca soledad,
tengo en las manos la sospecha
de un antiguo fuego indescifrable.
Quién sabe,
soy tal vez
ese soplo de amor
en vaivén indomable,
feliz
porque la vida late en su llamado,
triste
porque la muerte está rondando
siempre.

No hay jactancia final
en este cómputo,
porque sobre una eternidad
de ausencia persistente,
cometería amor
del más humilde,
devoto, esperanzado,
si en las cenizas despertara
la chispa del milagro.

8

Aquí donde malvivo
un otoño de terca adolescencia,
ahora que desvivo
por vivir de verdad,
me dijeron que debo
reunir determinados requisitos
y completar un estricto cuestionario,
que debo, en fin,
pedir permiso para amar.

¿Debo pedir permiso para respirar?
¿Debo pedir permiso para abrir los ojos
al mundo que se extiende a mi costado?
¿Debo pedir permiso para recorrer
con mis manos, mis piernas y mi cuerpo
el espacio que se abre a mi alrededor?
¿Para sentir el viento que llega de repente,
abrazando mi piel,
el sol que la madura,
la lluvia que la baña?

¿Permiso para descubrir la inmensidad del
cielo?

¿Permiso para sentir el calor de la tierra?

¿Permiso para percibir la maravilla de la flor?

¿Permiso para oír el aleteo de los pájaros
cuando se despereza la mañana?

¿Para que me traspase carne y alma y
entresueño,

la música profunda de la noche?

¿Para arropar con el manto de la luna
mis sombras que tiritan?

¿Para soltar el grito cuando la tormenta
estalla a un palmo de la casa,
arrasando el silencio,

sembrando de relámpagos y miedo
la noche que regresa del fondo de los

tiempos?

¿Permiso para ver a la gente que pasa a mi
costado?

¿Para decirles buenos días,
preguntarles su nombre,
descubrir el color de sus ojos?

¿Permiso para ver el desigual reparto
de los bienes, las hambres, la dulzura,
el miedo y el coraje,
la soledad y el verbo, el amor y la guerra,
entre sus dos iguales desnudeces,
la del principio y la del final?

¿Permiso para que la alegría
me inunde el pecho al escuchar la risa de los
niños?

¿Para que los cuchillos de la impiedad me lo
desgarren
cuando los niños lloran?

¿Permiso para ver cómo copulan a mi lado,
desvergonzadamente,
vida y muerte?

¿Debo pedir permiso
para sentir el latido del cosmos?

¿Permiso para acompañarlo?

¿Permiso para oír en el concierto de latidos
de la tierra y el cielo,
el tuyo?

¿Para que vida y muerte
me muestren día a día, sus guiños
seductores?

¿Para que desde mis desguarnecidas
plantas

suba el escalofrío a todas mis orillas,
cuando suenan tus pasos?

¿Para que el corazón
se me enloquezca cuando suena tu voz?

¿Para que luego se arremanse
cuando se deshilvana tu palabra
sobre todos mis miedos?

¿Permiso para percibir
la pasión de la vida que se desnuda y baila
en tus ojos?

¿Permiso para descubrir
floreciendo en el páramo
de este tiempo de ausencias,
la gloria de tu piel?

¿Permiso para que mi sexo
se ahogue en mieles indecibles
ante el bosquejo suave de tu sexo
que dibuja el azul de tus vaqueros?

¿Para que las hormigas del deseo
devoren lenta, irremediablemente,
mis soles y mis lunas,
mis lluvias y relámpagos,
mis miedos y osadías,
mis vidas y mis muertes?
¿Permiso para reconocerte,
desgarbado, dulcísimo,
tímido y rotundo,
torpe y puntual,
olor y guiño,
piel y sospecha,
caricia y látigo?
¿Permiso para caer
en la trampa de la vida?

9

Y aquí,
tan señora decente y respetada,
¿cuántos más deben abandonarme todavía?
¿Cuántos faltan para completar
la lista del orgullo varonil?
¿Cuántos más que alguna vez me suplicaron
una mirada, una palabra,
un café, un pulóver, un libro,
tres horas de silencio comprensivo,
seis años de paciencia franciscana,
una manito de trescientas líneas,
una lealtad sin relojes ni fatigas,
la vida empaquetada con un
“No es nada, *cheapá*, (1)
es tuya, desde luego, y además,
a mí me pica lo que guardo
y me molesta lo que no regalo”.

1) *Cheapá*: (apócope de la expresión guaraní “Che papá”) mi padre, generalmente utilizada con una connotación cariñosa.

¿Falta alguno que venga una noche
a contarme ese cuento tan viejo y tan malo
del pobre abandonado
que quería un momento de amor?
¿Falta alguno que lllore en mi regazo
y que después,
con todos sus variados órganos satisfechos,
me ordene con el rictus
del desprecio más ciego y orgulloso,
mientras viste de nuevo sus desnudeces
hace un momento expuestas sin pudor,
no dramatizar?
Aquí, con dos o tres adolescencias
trajinadas y tercas,
donde todos me usaron
hasta agotar sus apetencias lícitas o
inconfesables,
convencionales o exquisitas,
bucólicas o terroríficas,
¿queda algún candidato a beberse mi
inocencia,
otro más que me deje más sola que ayer,
sola de soledades?

Desde este balcón
en que la vida me ha exiliado,
puedo apreciar al fin
el espectáculo enredado,
abigarrado,
vertiginoso del amor,
deletrear tímidamente
sus signos esparcidos
a lo largo y lo ancho de la tierra,
entre el verde y las alas,
el arroyo, el azul y la brisa,
las manos y la voz,
la risa, el llanto y el
desfallecimiento,
el pulso, el paso, el beso,
el frío, el guiño, el niño,
la sed, la miel,
el hambre, el aire, el agua,
el orgasmo y el parto y la muerte.

Desde este balcón,
puedo al fin descifrar
la orilla de su antiguo,
enmarañado abecedario,
deshilachado en cascada torrentosa,
puedo al fin comprender
su lengua atávica, carnal,
irrenunciable.

Desde este balcón que tal vez
es la última estación del viaje,
puedo ver el desfile descarado de Eros,
desperdigando sus hormonas,
desatando su fiesta promiscua
a lo largo y lo ancho de la vida,
ahora que las hormonas
llamean sosegadas,
en dulce retirada de este cuerpo,
ahora que este cuerpo
ya no hace honor a Eros,
ahora que tal vez
es demasiado tarde.

Si el amor siempre es
aquello no alcanzado,
con lo cual, soñaremos en vano, fundirnos,
¿quién fue el necio que habló de posesión?

Si aquello que se alcanza
ha empezado a morir,
por Dios, ¿a quién le importan
los amores posibles?

12

Y ¿quién fue el necio
que llamó “sexo opuesto”
al que no nos tocó en gracia?
Desde entonces vivimos en guardia,
desconfiando, temiendo.

¿Cómo va a ser opuesto
eso que pareciera
haber sido creado
en la matriz exacta de mi sexo,
esperando volver
a esa caverna dulce y abrigada
desde el origen de los tiempos?

Y cuando todos se hayan ido,
me quedará una biblioteca de recuerdos,
inmensa, inabarcable,
una casa cruzada
por incontables caminos sin retorno,
colmada de rincones umbríos, insondables,
en los que sonará por siempre
una música dulce y profunda.
Me quedarán
mis airosos lapachos, mis jazmines delicados
y dulces
agradeciendo
la pobre pero entera fidelidad de mis manos,
mis vestidos que guardan los colores
de todos los inviernos y veranos,
mi cama, donde duermen conmigo para
siempre
los olores de todos mis amantes,

los que pasaron
como un viento fugaz, equivocado,
los que sembraron de temblores
mis miedos más antiguos,
los que hubieran querido
quedarse para siempre...
Y no estarán ausentes
esos amores que alcanzaron tan sólo
el color y el olor del desvelo,
o aquellos que tomaron mil rostros
cotidianos,
en miles de milagrosos caminos sin regreso.
Me quedará el amor
que anduvo derramándose
incontenible y torpe,
inútil, desmedido, absurdo, imprescindible.

Fuego
que un día,
por leyes o caprichos de la vida,
supo amasar un pequeño pedazo
de carne nueva y tibia,
un puñado de amor
lanzando hacia el misterio.
Entonces,
cuando todos se hayan ido,
me quedará
-qué más puedo pedir...-
la imborrable cicatriz del misterio.

Canción al amor fraterno

El servidor no sirve
en esta redacción,
desierto traspasado de ruidos.
La soledad no quiere computarizarse,
asumir la obligada eficiencia,
patalea con estos pies helados.
Te fuiste y vino el frío.
Te llevaste el calor.
El gabán en el que debe estar tu pecho,
desperdiciando alegremente
sus estremecimientos,
malgastando tibiezas
en esas calles ebrias de soledad y hastío,
en las que nadie
te necesita como yo.
Tus ojos tristes
que a mí me sonrieron,
como no me sonrieron jamás ojos algunos,
niños perdidos en la feria,
descubriendo el aroma de julio,

desbaratando los fantasmas
que se me esconden bajo las polleras.
Tu manera de estar
tan cerca
sin tocarme,
tu manera de entrar
en mis horarios, en mi piel,
en mi cansancio
de atrasadas hambres,
sin discusiones,
dulcemente,
por completo.

15

Si usted me lo permite,
yo quiero preguntarle
algo vital, impostergable,
que me acogota la garganta.
Y contarle además,
algo terrible y tonto
que me sucede y me transgrede,
que me trastorna y me transforma y me
transporta
y que me duele.
Si no perturba sus lejanos buenos aires,
si no desasosiega su statu quo
de poeta devuelto a la normalidad
de ese quilombo al que llaman con un
nombre de plata,
musical y engañoso,
descuartizado ayer nomás en mil pedazos,
hoy reciclado en la miseria de la estabilidad,
y la obsesión de la posmodernidad,
atragantándose de smog,
de muerte cada vez más apurada.

Un quilombo que tiene, eso sí,
abundante poesía,
de la suave, de la negra, de la clara,
de la llorona y de la hermética,
de la sensual y de la tosca,
de la sublime y de la bruta.
Tanta poesía como para empachar,
como para aplacar
las hambres largas
de las bocas más negras.
Si me concede
una pizca de tiempo
para leer estos versitos
malparidos.
Si me deja decirle
lo que quiero decirle y me aterra.
Si no me atoro
o me confundo
de nuevo.
Si no enturbia sus ojos
que alguien llamara tristes
y yo declaro libres, sonrientes, rientes,
pura risa rodando en el viento.

Si no molesta,
si no es tan torpe,
si no le pica
y no le toca,
si no es estúpido,
si no es utópico.
Aunque podría ser fatal
si no le place,
tal vez se enoje,
tal vez me grite,
tal vez me pegue.
Pero quién dice,
si le parece,
si me descubre,
si me soporta,
si me exonera,
si le resulta
subdesastroso,
miniaguantable,
inofensivo catastrofita,
basurita.

Tal vez, quién sabe, y esto sea
ultrasencillo, y por lo tanto,
yo quiero hacerle
ciertas preguntas.
Una siquiera,
ya que me animo:
si una mujer
que ha caminado
aquel tramo dichoso,
respetable y honroso y significativo
del que usted se riera,
puede echarse a llorar
como una tonta,
porque sí,
al cohete,
sin qué ni para qué,
como si el mundo se acabara.
Llorar con ganas, largamente,
tristemente,
hasta el agotamiento,
hasta ponerse un asco,
devastadora, vergonzosamente.
Llorar

como si hubiera anochecido por
completo
en supreciado, indolente
y confortable mediodía,
en su justa y honrosa jubilación completa
y estuviera perdida,
más solita que un perro,
y más triste que un trapo,
como un pozo escondido en la negrura.

Y si no me permite,
le digo igual,
qué más me da.
Ya puede usted
ir enojándose,
tapándose los ojos,
los oídos, la piel, lo que quiera,
para que quede yo
hablando a la pared,
al santo, redondísimo botón,
inútilmente.

Le digo igual
porque las ganas
y la roncha
me dan a mí,
y me las rasco.
Ya puede usted ir declarándome
persona no simpática,
no oportuna, no grata,
ningunamente linda.
Cerrando su embajada,
organizando su manifestación,
sacándome los trapos en la prensa
o en la televisión,
enviándome misiles,
palabrotas, jueces,
lo que mejor le plazca.
Que yo voy a decirle
enterita mi pena y mi queja
y no requiero su respuesta.
Guárdela usted o si prefiere,
cómasela doblada,
con un puré,

Aunque para estos menesteres,
quien es destinatario
de estos versos tristísimos,
no se viera del todo despreciable.

Tan sólo hablar,
hablar, hablar y hablar.
Porque cuando me había olvidado por
completo
de lo que era hablar
y que nos hablen,
usted apareció un día por mi olvido.
Y su primera forma de hablar
fue mirarme.
Y la segunda fue pillarme
en lo que yo no había alcanzado a decir.
Y la tercera, celebrar
que yo lo había pillado.
Y la cuarta, dejarme en el aire la certeza
de haber hablado a alguien que me había
hablado.

Por lo tanto, le digo,
enójese cuanto desee,
refunfuñe, putee, escupa mil carajos,
écheme sapos y culebras,
o cállese, sencillamente,
pero bien calladito,
no se le escape una palabra más,
ni siquiera con el pensamiento,
ni con los ojos, nunca más.
Póngale siete llaves
a sus palabras,
destíneme a la tumba más cruel,
la del olvido sin cenizas ni lápida,
sin una carta,
ni una feria de libros,
ni un julio calentito de risas imprevistas,
ni un poema para dulcificar
la boca negra,
la vieja, triste y negra
boca del silencio.

Déjeme hablando sola,
que al fin y al cabo, ya estoy acostumbrada.
Mándeme a Medellín, a la China,
a la mierda,
a mendigar la poesía de otros aires,
y vaya usted a donde quiera,
desperdicie ante unas cuantas señoras

aburridas

su poesía para morder el polvo,
que no habrá poetisa desubicada y

confundida

que quiera postre alguno
después de semejante almuerzo.

Mándeme
con mi poesía triste
a otra parte.

Pero no se preocupe,
no se apene tampoco
por penita tan pobre,
que me voy con mis versos
a donde encontraré
a todos los poetas del mundo
para que me hablen todos juntos
y me sacien toditas las hambres.

Quedaré satisfecha,
el milagro vendrá,
estoy segura.
No se preocupe usted,
que el día menos pensado
me han de enviar a mí
una carta larguísima y gorda,
preciosa y perfumada,
en la que han de decirme
toditas las palabras
que he soñado,
ni una menos.
Ya lo verá.

Un día, amigo mío,
amigo que he perdido en una tarde
de fantasmas y miedos,
comprenderás que fue completamente inútil
declarar el final de aquella sospecha revulsiva,
ponerme una mordaza
y clausurar un tiempo
que no podrá dejar de hablarnos,
sencillo, tibio, transparente, seguro,
más elocuente
que todos los silencios.

Comprenderás
que todas las murallas, los candados y rejas
no podrán impedir
que la vida
siga pasando a tu costado,
siempre virgen, osada, desafiante,
compleja, múltiple, invasora, riesgosa.
Mientras vivas,
ella habrá de violar tus más férreas murallas,
se filtrará por las rendijas de tus puertas,
esparcirá remolinos helados o ardientes
entre tus libros y papeles, tus muebles y tu
ropa,
sembrará comezones extrañas
en tus certezas y en tu piel,
cambiará de lugar tus recuerdos y urgencias,
se beberá tu vino,
quebrará tus relojes
y tocará en carne viva
tus más profundos sueños.

Latido puro,
caricia o bofetada,
mientras la sangre corra por tus venas,
no podrás desterrarla.
Comprenderás tal vez
que mi pobre delirio
de comulgar preguntas,
algunos dioses muertos
y algún destello milagroso
en la noche plagada
de fantasmas, de miedos y sospechas,
fue su ofensa menor.
Tal vez entonces me perdonarás.

Y ahora
que inesperada y brutalmente
te han quitado la máscara,
ahora que te veo
mendigo de precarios y baratos amores,
profanador apático de tu fiebre y tu tiempo,
tus besos y desvelos,
con la vida vendida,
adúltero y verdugo de tus sueños,
ahora que te veo
violado en lo íntimo y sagrado,
te advierto que podría,
si se me da la gana,
ahora sí, invadir tu territorio
olvidado de manos sinceras,
sin permiso de nadie,
y darte exactamente
lo que me dé la gana.

Qué pena.

Después de habernos entrevistado
tan parientes, tan hermanos gemelos,
tan iguales desde quién sabe dónde
hasta quién sabe dónde,
dos gotitas de agua
en esa extraña desnudez que usamos,
temblando a la intemperie
donde llueven
las sordas, ciegas, putas lluvias de la vida,
sin el más provisorio cobertizo,
permeados por cada ráfaga invisible
que juega en nuestra piel
como un concierto de cuchillos,
de hormigas, de silencios,
o de flautas que silban
una canción tan suave y triste
que no sabemos cuándo suena
y cuándo calla.

Qué pena.

Después de habernos catado la orfandad,
el oscuro pecado original,
la fiebre, el desvarío
y esa loca terquedad de alcanzar
cada día un temblor que nos redima.

¿Cuándo fue que empezamos
a separarnos más de lo que nos uníamos?
¿Cuándo fue que empecé a exigirte
que me sonrieras más
y que dijeras las palabras
que yo estaba esperando?
¿Que caminaras junto a mí
tu hermosa y altanera juventud
en ese breve trecho que la vida nos dio,
como diciéndome “No olvido
las juventudes que vos caminaste,
yo me quito el sombrero
ante las ansiedades, los delirios
que llevás todavía en el pecho,
yo me uno a tu paso y me declaro
hermanito menor de tu eterna adolescencia”?

¿Que dijeras acaso,
que eras capaz de aceptarme,
así, pequeña, torpe, asmática,
bizca y desorientada,
enamorada sin remedio
de lo que nunca fue, ni es ni será?
¿Quién mierda a mí me dijo
que podías tener
la palabra
que me calzara exacta
en esa pena oscura y tonta y terca
que se me enreda en las palabras?
¿Quién carajo me habrá dado el derecho?

¿Cuándo fue que empezaste
a exigirme que fuera
menos frágil, más clara, más segura,
menos llorona,
menos pájaro raro golpeándose las alas
en todas las ventanas?

¿Que no me degradara
a bicho vacilante, blandengue, hipocondriaco,
tres veces por semana,
hiriéndome, muriéndome por nada
tres veces por minuto?

¿Que acertara tal vez
ese matiz exacto,
ese hervor, ese gesto,
esa palabra exacta que esperabas
desde tu torre implacable y orgullosa?

¿Quién mierda te habrá dicho
que yo podía ser más alta
de lo que estos zapatos me levantan,
heroica y esforzadamente?
¿Quién carajo te habrá dado el derecho?

¿Cuándo fue que empezó,
dónde mierda,
quién carajo nos dio el derecho
de exigirnos
ser algo más que estas gotitas de agua,
extrañamente iguales,
temblando a la intemperie?

¿Cuándo fue que empezó,
dónde mierda,
quién me trajo esta pena
sin piedad arrancada
del hálito fraterno, consanguíneo,
de tu pena?

Y aquí, de pronto sin el abrigo de tu voz,
dónde pongo estas ronchas,
este sueño que vence mis siestas,
estas flores que bailan en mis manos,
estos delirios que me queman las horas,
esta muerte que ronda mi cuerpo,
esta vida que reza
por un fulgor perdido...
Hermanito querido,
amigo, compañero,
imposible compinche de mis sueños...
Ahora, ¿dónde pongo todo ésto?

Las últimas hogueras

El sueño
que repara todas las orfandades
me llevó un día hasta vos
y cuando te vi desde el extremo opuesto
de aquel inmenso y claro salón,
supe que me esperabas, de cuerpo entero.
Me tendiste la mano
y, en un suspiro, yo crucé ese salón
y vos me recibías con la sonrisa más hermosa
y ponías mi mano en tu pecho
y tu aliento buscaba mi aliento
y un solo estremecimiento fue nuestra
comunión.

El sueño
que repara todas las muertes
te devolvió un día,
más nítido y entero
de lo que hubiera podido entregarte
la realidad.

Y otra vez fueron tus manos
las hacedoras del prodigio,
cuando cercaron con cuidado mi cintura
recorriendo el contorno de mis senos
hasta levantarme desde las axilas,
mariposa o temblor,
bailarina danzando
arropada en la tibia libertad de tu aliento.
Y otra vez comulgamos
el mismo estremecimiento.

21

¿Será que estoy empezando a quererte,
con esa risa torpe,
con esa cobardía mal emparchada en risas,
con esos muros temblorosos,
agrietados de risas
que imponés paso a paso a mi deseo,
cuando te miro inevitable, largamente?
¿Será que estoy empezando a desearte
con esa risa que promete y guarda,
que regala y esconde
entre espalda y mirada?
¿Será que de verdad me estás mirando
intensa, ardientemente,
y que tu risa se desborda
porque en el fondo de tus miedos,
más allá de tus muros,
se desata imparable, embriagadora y ciega,
desde la última hondura de lo hondo,
otra risa,
cuando así nos miramos?

¿Será que nos miramos, que reímos
porque de ningún modo
podríamos dejar de hacerlo?

Si no habrás de aceptarme
desde los pies a la cabeza,
aquí y ahora, ya iniciando
el último partido,
más pequeña y más frágil
que cuando abrí los ojos
a este campeonato
sin herencias ni escuelas,
con arrugas y rollos
que mal disfrazan
mi más antiguo asombro,
mi temblor primigenio,
mi soledad primera.
Si ya no habrás de amar
cada centímetro de esta piel trasnochada,
y ya no habrás de verme hermosa
por latir a tu lado,
no habrás de respirar
por mis silencios y palabras,
oquedades y luces;

si no habrás de beber, pura sed desatada,
insaciable
en las aguas que guardo todavía
en mis honduras,
si ya no habrás de descubrir
el fuego alto,
inapagable
que duerme en estas huellas
trajinadas por tantos incendios...

Si no has de consumirte
conmigo, en este fuego,
para nacer de nuevo,
amor primero, dulce,
milagro de la vida y de la muerte,
prefiero amarte así,
desesperadamente, desde lejos.

23

Me he mirado al espejo
y no puedo negarlo, estoy grande.
En mis tres dimensiones.
Tan larga
como un trajinado territorio
de verdes y dorados, transparencias y brumas
y oscuridades abismales
en que podrías encontrarte.
Tan ancha
como un regazo inmenso en que podrías
caber completamente
y hasta volar, sin límites.
Y si te atreves a ingresar
a mi pequeña, insospechada
dimensión de lo profundo,
puedo sencillamente
quererte mucho más.

Estoy grande, no puedo negarlo.
Pero me voy haciendo
pequeña de esperarte,
pequeña y más pequeña de no poder tocarte,
pequeña, pequeñita
porque faltás aquí para sentirme entera.

Si sigo amándote
como te voy amando,
cada día,
cada hora,
cada minuto
un poco más,
creo que cada día,
cada hora,
cada minuto,
me iré adelgazando sin remedio,
consumiendo en mi propia
orfandad,
acabando en la orilla
de mi llamado sin respuesta
eco perdido,
nada.

¿Podía haberte no elegido
amor tardío,
amor equivocado,
impedir
que estallaras,
relámpago innombrable,
frente a mis ojos,
y me alumbraras
el innombrable sueño,
con tus ojos,
libertad contenida,
rayo agazapado
a punto de violar la quietud,
de hacerse vuelo puro
ganando el infinito?
¿Podía haberte no elegido,
imán y luz de mi mirada?

26

Yo no quería mutilarte,
cortar o lastimar siquiera
la más pequeña de tus alas.
Yo no hubiera querido robarte
siquiera un parpadeo,
aunque moría,
aunque me iba volviendo
pura agonía en pobre bosquejo de mujer.
Yo quería
poner en tus manos,
derramar en tu cuerpo,
dar a tus días,
lo más breve y humilde siquiera,
un aleteo nuevo,
un parpadeo insospechado.
Yo tenía en las manos,
en el cuerpo,
en los días,
regalos innombrables,
peregrinos y dulces,
inflamando tu ausencia.

Cuándo vas a dejar
de clavarme esos hondos cuchillos
con tu modo de irrumpir en la tarde,
poros lavados por la lluvia
levantando mis poros,
estremecida piel
llamando, latigando a mi piel,
páramo, sed,
desasosiego.

Cuándo vas a dejar
de clavarme esos hondos cuchillos,
de enloquecer,
de enardecer,
de calcinar mi corazón.

28

Y no fue necesario tocarte,
te tuve igual, sin mengua,
sin bendiciones y sin mella.
Te supe
desde la punta de los pies
hasta el último, el más breve
de tus cabellos.
Por supuesto,
sabía cómo amabas,
con todos los detalles,
con todas las dulzuras.
No pude sino amarte
por completo.

Si supieras
que camino contigo por las calles,
que te miro sin prisa mientras pasa la vida,
y te descubro, poro a poro,
torpeza, timidez, ternura pura,
pasión atragantada,
galopando callada, en unos ojos,
fuego que duerme en los tizones.

Si supieras
que me escapo contigo
cuando el sopor del día
atraganta mis propias pasiones,
hacia la orilla del azul
y allí nos descalzamos los latidos
y los echamos, en desbandada libre,
a beber todo el aire del cielo,
y allí bajamos,
borrachos de sudor, de viento y risa,
a reposar el alma.

Si supieras
que me abrazás muy fuerte en las mañanas,
que te cubro de besos en las tardes,
que me tiendo a tu lado en las noches,
más hermosa a medida
que tu aliento recorre mis temblores,
que me duermo perdida
en el tupido bosque de tu pecho,
que dormís enredado
en el bosque salvaje de mi pelo.
Si supieras
que bajás otra vez sobre mi vientre
cuando la noche es más oscura,
a derramar luceros
en medio de mis sombras.
Si supieras
que te llevo conmigo,
mi pulso irrenunciable.

Sí, te amé.
Me lo negué,
aterrada.
Te lo negué,
ofuscada.
Me lo negué,
turbada, alucinada,
fascinada, perdida.
Te lo negué,
desesperada.
Pero te amé.
Estuviste conmigo
un tiempo irrevocable,
más real que mi carne,
más fuerte que el deseo,
más bello que el recuerdo,
más cruel que el olvido,
aquí, conmigo,
imposible y, sin embargo, entero.

Estabas destinado a mi fervor,
inconfundible,
con el soplo inocente y perverso de tu aliento,
con la música desfachatada y alborotadora de
tus pasos,
con el escándalo inconsciente de tus ojos,
con tu olor animal y dulcísimo,
remanso cobijado entre torrentes,
que yo reconocía
y palpaba en mi asombro más puro,
desde la otra orilla de la ciudad,
desde la boca temblorosa del sueño,
tal como si tocara
mi propia carne abierta
en herida palpitante.

Sí, te amé,
Lo presentías bien,
pero cuánto te amé, no lo sabrás.
Yo misma nunca lo sabré.

Pero te amé,
conocí la dulzura increíble de los cielos
cuando tus ojos me miraron,
y descendí a lo más oscuro del infierno
cuando me prohibiste
amarte simplemente
mirándote.

Sí, te amé.
Contigo se encendieron
las últimas hogueras.

Se terminó de imprimir
en junio de 2003.
QR Producciones Gráficas.
Tte. Fariña 1074.
Telefax (595 21) 214 295.
Asunción-Paraguay
Internet: <http://arandura.pyglobal.com>

Susy Delgado es poeta bilingüe y ha incursionado en los últimos años en la narrativa breve. Está identificada con la generación del 80, surgida fundamentalmente del Taller de Poesía “Manuel Ortiz Guerrero”.



Ha escrito y publicado cuatro poemarios en castellano: *Algún extraviado temblor* (1985), *El patio de los duendes* (1991), *Sobre el beso del viento* (1996) y *La rebelión de papel* (1998); y tres poemarios en guaraní en ediciones bilingües: *Tesarái mboyve* (Antes del olvido -1987), *Tataypype* (Junto al fuego - 1992) y *Ayvu Membyre* (Hijo de aquel verbo - 1999).

Publicó asimismo una *Antología primeriza* que reúne gran parte de sus trabajos literarios, con estudios críticos de especialistas paraguayos y extranjeros en el 2001. Y en el 2002 publicó su primer libro de cuentos: *La sangre florecida*.

Es también periodista y como tal, se ha especializado en los temas culturales. Actualmente es responsable del área cultural del diario La Nación y asesora de lenguaje del diario Crónica.

Algunos de sus libros han sido traducidos al inglés, al portugués y al alemán. Su obra ha sido incluida en antologías y publicaciones literarias en México, Estados Unidos, España, Cuba, Colombia y en los países del Mercosur.